

Hoja del Lunes

EDITADA POR LA
ASOCIACION DE LA PRENSA de MADRID

DIRECTOR: LUCIO DEL ALAMO URRUTIA

48 páginas • 12 pesetas • Lunes 26 de abril de 1976

LAS CRONICAS DE ANTONIO VALENCIA

"7.000 GALLINAS Y UN CAMELLO", EN EL MARIA GUERRERO (22-IV-76)

La obra ganadora del premio Lope de Vega 1974 se estrenó por fin en el María Guerrero y se estrenó con muy buen éxito, que complace registrar. No conocía de Jesús Campos sino una representación de "Nacimiento, pasión y muerte de, por ejemplo..., tú" en el Alfil, y ahora, con la obra estrenada, a la que el incendio del local impidió abrir la temporada del Español, poseemos una dimensión mucho más amplia de las posibilidades teatrales del autor, que son evidentes, tanto por lo que respecta a la obra en sí como al manejo directivo para ponerla de relieve mediante una versión escénica y de montaje que la realza con atractivo. En medio de esto se halla la almendra de su obra—para uno, todavía más importante que el escaparate o estuche en que se le sirve—, que me pareció breve, bien enfocada y resuelta en el diálogo, en la matización de lo que quiere decir, en saberlo decir y en el manejo de la anécdota significante o detonadora de la cuestión latente. Todo muy simple, sencillo y directo, pero preciso y afinado en la realidad cuasi sainetesca y pintoresca que existe en el centro del averío que carea y en el simbolismo que lleva dentro y le corre por debajo como una corriente subterránea.

Idealismo o realismo nada menos, lo cual tiene tantos precedentes, desde Don Quijote y Sancho Panza, que no podríamos consignarlos todos, pero que no invalidan la presentación teatral que de ellos hace Jesús Campos en "7.000 gallinas y un camello". Uno y otro, como el yin y el yang de la filosofía china, mueven al hombre en su ritmo alternante. Lo interesante está en el color de cada corporeización humana de este proceso. En el que expone Jesús Campos por medio del matrimonio de Marta y Juan hay un plano humano que el final, mediante una pirueta, se explicita socialmente. Bueno, no hay inconveniente en esta última pirueta, pero consideramos que el meollo teatral que ha querido cubrir el autor de la manera escénica sencilla de que hablamos está en la contraposición y la alternancia humana de la reali-

dad y el ideal. En la obra de referencia gana Marta, porque representa la realidad que contrapone al idealismo vago de su esposo, que no consiste en un idealismo que vaya precediendo y partiendo la realidad; sino en una constante irrealidad irresponsable, la de exigir el camello ilusorio como evasión simplemente frente a la realidad de su explotación avícola. Las simpatías del autor se ve que están en la posición existencialista de Marta, y creo que sólo para evitar que le crean conformista la dota del arla del anticonsumo del final, en la que tiene razón sin duda, pero que evidencia que está colocada como contrapeso de la certeza de que su marido volverá a seguir exigiendo camellos imposibles.

Cuando en una obra bien trazada y de precisas dimensiones se mete tanta posibilidad de símbolo y con naturalidad de desenvolvimiento hay que dar a Jesús Campos un voto de confianza que convalide el de sus abundantes premios teatrales. Nos gustó su pieza y le gustó al público del estreno oficial, que lo ovacionó sin reservas y sin discrepancia no sólo como autor, sino en su faceta de presentación escénica y de dirección de unos intérpretes afinados hacia un naturalismo representativo evidente. Con razón se celebró mucho esta faceta, que hizo arrancar aplausos hasta en los mutis de los personajes episódicos. Esto se emparejó, no sé si con congruencia íntima, pero sí con espectacularidad de contraste, con unos despliegues del clásico burlesco al "rock" sobre los motivos de la "Primavera", de Vivaldi. Al público le agradó claramente la mixtura y la sùltura que evidenció en el manejo de teclas teatrales. Los intérpretes, Isa Escartín y Carlos Mendy, en la pareja protagonista, muy notablemente, con el concurso de Ketty de la Cámara, Alberto Bové, Enrique Morente, Enrique Espinosa y Ana Viera Solares llegaron casi hasta un punto peligroso a fuerza de afinar en dirección a la ausencia de énfasis declamatorio; pero en ello está su mérito. El éxito fue claro y saludaron todos con el autor al final de la obra, que se representa sin interrupción, con unidad de espectáculo que le favorece.